AÑO LI — Sábado 11 de Marzo de 1911 — NUM. 14.780

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses. 8'50 id. -La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales, París, *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr, Jhon F, Jones*, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, *Mr. George B. Fiske*, 21-Park Row.—Berlín, *Rudolf Mosse*, Jerusalémer Strasse, 46-49.—La correspondencia al Amdor.

ELECTRO-MECÀNICA

MATERIALES PARA INSTALACIONES ELÉCTRICAS DE TODAS CLASES

Lámparas	filamento carbón.		0'60	pesetas
Idem	id.	metálico «Osram» de 20 bujías.	3'50	»
Idem	id.	id. id. de 25, 32 y 50	3'80	»
Idem	id.	id. marca J. L. P. de 20 á 50 bujías	2'50	»

Motores, transformadores para obtener bajo voltaje, estufas, aparatos de calefacción y ventiladores.—Aparatos para luz eléctrica.

Plaza de Perfumo, Núm. 10

¡LUZ! HAGAMOS HISTORIA

Y toca el turno al abuso colosal, inconcebible é indefinible de la incandescencia, para el cual, la sensata y verídica "Tierra" ha abierto el grifo dejando franca y entera salida á su abundancia de malicia y exceso de ignorancia.

Un aparato de incandescencia, dice, cuesta *ahora*, 1'25 pesetas y por esta suma se pagan 18' 25 anuales, ó sean 5 céntimos diarios por alquiler de cada uno de ellos, y con estas afirmaciones llega á la conclusión de que "Cartagena paga actualmente por sobreprecio de mecheros de incandescencia, cuyo número desconoce, á razón de 0'05 pesetas diarias cada uno, unas 6.000 pesetas al año".

Veamos el fundamento de esta afirmación lanzada con una frescura difícil de superar.

Aparte de que el año 1903 en que comenzó la transformación del alumbrado no es el de *ahora* de 1911, de que no se paga nada en el concepto de alquiler de aparatos de incandescencia y de que esas 6.000 y pico de pesetas no se cobran graciosamente, todo lo demás que queda del suelto copiado, que no es nada, es rigurosamente exacto.

Las actuales farolas de incandescencia cuestan á la Fábrica pesetas 32, como hemos tenido ocasión de comprobar por los respectivos apuntes y facturas.

Los accesorios, cúpula de cobre, reflector, baño de porcelana, mechero, manguito y tubo, valen, sin desperfectos, portes y embalage, á pesetas 5, 4'50, 4, 0'80 y 0'55; y hasta la cantidad citada, lo restante del expresado precio corresponde á la mano de obra y material, distinto y superior al de las farolas ordinarias.

De modo que esas pesetas 1'25, único coste de cada luz de incandescencia como afirma "La Tierra", se convierten, según los auténticos datos expuestos, en pesetas 32, de lo cual no resulta más que una pequeña diferencia de pesetas 30'75 por farola incandescente, cuyo exceso de precio sobre la ordinaria y corriente es de 22 pesetas.

Con estos datos puede adquirirse el convencimiento de la exactitud de las matemáticas que para su uso particular cultiva el órgano bloquista.

***

Pero supongamos que ya está puesto y funciona el mechero de pesetas 1'25, por más que ¡de este precio no ha puesto ni uno solo la Fábrica, como puede fácilmente comprobarse por las facturas Aüer, de cuya casa procede casi la totalidad del material empleado. ¿Está ya todo hecho y terminado?

Con el exceso importante de precio que origina la instalación del material de que se trata, y con los diarios gastos que ocasiona la reposición de tubos manguitos y mecheros y el coste de reparación, conservación y sustitución de accesorios y farolas que se inutilizan en el servicio, y con las 16.500 pesetas próximamente que ha costado el material incandescente instalado ¿no hay que hacer cuenta ninguna?

Porque si todo fuera igual y la instalación y conservación del material incansdescente no alterara la cifra de gastos correspondientes al servicio ordinario, entonces la censura podría tener fundamento.

Por lo expuesto, podrá apreciarse la insidiosa ligereza conque "La Tierra" ha tratado el asunto de la incandescencia.

Parolas hay, y no escasas en número, que en la cuenta que á cada una de ellas se lleva, se puede comprobar que esos 5 céntimos, no de alquiler de aparato, como equivocadamente se dice, sino para conservación, repa ación y cambio de material inutilizado, son insuficientes para tal objeto.

La compensación se obtiene, de una parte con la disminución del consumo que no alcanza, ni con mucho, al tanto por ciento citado por "La Tierra"; y de otra con la mayor duración del material que no está en las condiciones antes manifestadas. De no ocurrir esto, con esos fabulosos 5 céntimos, la Fábrica no podría realizar el servicio á que nos referimos.

En las vías de gran movimiento, donde las farolas están en columnas colocadas en las maestras de las aceras el movimiento de trepidación que se produce por el de carruajes, al trasmitirse y llegar al aparato incandescente, destruye manguito y tubo, muchos de los que hay necesidad de reponer en pocas horas en algunos casos, y en corto número de días los más expuestos á la acción antes citada.

Y no se diga que hay alguna Fábrica que hace la transformación sin aumento de gasto municipal. Lo que hay que probar es que la dicha transformación se realiza aumentando, como aquí sucede, la potencia lumínica, y con el material de coste igual ó parecido al empleado por esta Fábrica. Entonces la comparación podría tener fundamento razonable.

Nosotros diremos, si hay necesidad de continuar hablando de este asunto, que hay también Fábricas á las que se ha abonado ó se abona, por el servicio de incandescencia, mayor ó igual suma de la que se paga, ó debía pagarse—que no es igual aunque "La Tierra" lo afirme—á la Fábrica de ésta.

De sus accionistas paréceme que no sería difícil conseguir el que dejaran de continuar enriqueciéndose con este servicio, en contra, como se asegura, de los intereses del Ayuntamiento. Adquiera éste á precio razonable el material existente y procurando un justo y equitativo arreglo en lo que respecta al consumo, que sea municipal este servicio, y entonces podrá apreciarse á lo que se reduce esa ganancia, relativamente importante para un capital que, según "La Tierra", sólo exige el gasto de unas cuantas 1'25 pesetas.

***

Y vamos á ver si es ó no verdad que se le quiere poner el cascabel al gato.

Por el medio indicado se podrían crear algunas plazas de operarios de incandescencia; tal vez un inspector si se juzgara necesario, y comprar y tener depósito de material, aparatos, tubos, manguitos, etc. etc. Una nueva sección municipal cuya creación no debe descuidarse si lleva consigo la economía de esas 6.000 y pico de pesetas, que en la actualidad, por obra caciquil, vienen regalándose á la Fábrica de Gas.

Y hasta el siguiente.

Diálogo mudo

—(☹)—

—¿Qué me dicen niña
tus pupilas negras?
—¿Es que me preguntan
ó es que me contestan?
—Le gusto.—Me encantan.
—Ingrato—Hechicera.
Pensando en él vivo.
Me muero por ella.
—¿Qué mujer le ha dado
la rosa que lleva?
—¿Por qué estará triste,
si estaba risueña?
—¡Qué loco!—¡Qué linda!
—¡Nada, no se acerca!...
—¡Si yo me atreviese!...
—¡Señor, que se atreva!
Gracias, alma mía,
tus ojos me queman;
¡ya sé lo que dicen
tus pupilas negras!

M. de Palacios.

TRASLADAMOS Á DON RAMÓN

La Compañía de la luz eléctrica, ha cobrado en el día de ayer la factura de consumo correspondiente al pasado mes de Enero.

El Sr. D. Angel de la Iglesia hizo á nuestro excelente ó Excmo. Ayuntamiento la notificación de que, pasado un plazo de treinta días, dejaba á obscuras—como se encuentra Cartagena desde la una de la madrugada la Casa Consistorial y las diputaciones en las que realiza el servicio de alumbrado, y D. Apoli, por no quedarse sin ver,—que buen ver tiene—y para que vean sus queridos amigos y vecinos de Pozo-Estrecho, ha ordenado y satisfecho el pago de la espresada factura.

Con que ya sabe el camino que debe seguir la fábrica de Gas. Administrarle á D. Apoli la hipecacuana de dejar totalmente á obscuras la población y barrios, y ya verán como vomita el farmacéutico municipal y alcalde.

«Cobra y no pagues que somos mortales», es el lema de Apoli; pues paga ó quédate á obscuras, ha dicho la Compañía de luz eléctrica, y ha tenido un éxito.

¡Qué envidiosos estarán los caciques propietarios de la fábrica de Gas, que por bonachones, ni de los otros, ni de éstos, han visto una peseta desde el año de 1908!

***

La verdad es que tendrá que ver la noche en que después de la una tengamos la desgracia de que la mala suerte nos obsequie con un incendio!

¿Quién encenderá el alumbrado necesario? Porque los empleados que tienen á su cargo este servicio se retiran á dormir tranquilamente pasada la una, y hasta el día siguiente no hay que contar con ellos.

A que horrores nos expone este alcalde rural y bloquista cuya luminosa caja de huesos es un depósito de toda clase de desaciertos y desatinos.

Bien hiciste afortunado Pozo-Estrecho, en quitártelo de encima. Por mal que te vaya, mejor te irá con el mancebo que con el propietario.

¡Vaya una ganga!

Créditos

Madrid 11—9 m.

En la "Gaceta", se publica la distribución que se hace de los créditos aprobados correspondientes á la división hidraúlica del Segura.

Le dedican 90.000 pesetas á los pantanos de Talava y Alfonso XIII, 6.500 á las arterias de riegos parciales de la huerta de Murcia; 15.000 á la construcción del puente de Moreras en Mazarrón.

También se hace la distribución de crédito de los fondos correspondientes á las provincias de Alicante y Albacete.

Chirigotitas

El señor Bonmatí ha sido llamado por telégrafo á Madrid.

Dicen los bien informados, que el viaje de nuestro pastelero municipal, está relacionado con la provisión de la alcaldía.

Y que este pastelero sencillo y agradable ha sido llamado por el propio García Vaso.

Para ofrecerle el sillón que dentro de unos días, pocos, será *sede vacante*.

Decididamente el *enfant terrible* del Bloque es un gran ironista.

O un gran *diógenes*, que para el caso es igual.

***

La llamada de esta calandria pastelera, nos demuestra que don Apolinario no tiene el asiento muy seguro.

Y se le busca sustituto.

Y, ¡vive Dios! que si esto es cierto, lo sentimos por nosotros.

Y por el publiquito guasón y *cachondo*, que tan bien le va con las cosas de Apolinario.

Porque, díganme ustedes. ¿Cómo vamos á poder pasar estas horas de tédio provinciano, sin tener á don Apolinario en la alcaldía?

¿Cómo vamos á poder borrar la monotonía de nuestro espíritu si nos quitan ese juguete de delante?

¡Adiós alegría! ¡Adiós *chirigotas!* ¡Adiós, Apolinario! ¡Adiós consuelo de nuestras penas! ¡Adiós! ¡Adiós!

¡Y que vuelvas pronto!

¡Miau!

***

Cartagena sigue á obscuras.

Y nuestro jóven diputado sigue en Madrid con la intranquilidad natural.

Por la falta de luz.

***

Esta intranquilidad de nuestro joven diputado está haciendo en él unos estragos que saltan á la vista.

Porque hasta le han hecho perder el apetito...

A nosotros nos consta, que es tal su preocupación, que en el tiempo que hace que está allí, aún no ha almorzado ningún día.

Y la frase de Goethe,—*luz, mucha luz*,—es su constante pesadilla.

¡Compadezcámosle! ¡Por ese camino á la locura.

***

Don Ramón. ¡Por Dios! ¡Dé usted luz!

¡No sea usted *mala-sangre!*

***

Un periódico local, publica un fondo que parece un cable.

Un cable para que se agarre don Ramón.

¡Dios mío! ¡Yá! ¡Será posible!

La duda nos atormenta.

———

amado. Los siguió á diez pasos de distancia, impulsado por una fuerza desconocida, sin voz, sin aliento, los ojos velados por una nube de sangre y el corazón helado...

Y durante una hora, pues se necesitaba cerca de una hora para ir de la gruta á Montmorfin, todos sus razonamientos eran si aquello no era una fantasía, una de esas pesadillas terribles que torturan al hombre durante su sueño, y le hacen desear ardientemente la muerte.

—¡Oh!—murmuró muy bajo al oido de Héctor la condesa,—sois implacable.

Héctor escuchaba sonriendo; y como un reo de muerte á quien llevaron al teatro para asistir á alguna farsa llena de bufonadas, terminada la cual encontraría el cadalso ya todo preparado, él sabía que después de su proceder grotesco había desaparecido la última esperanza de reconciliación; y cual los condenados que no verán jamás el cielo, blasfemaba de su amor contra el cielo, murmurando ardorosas palabras, que ella no escuchaba.

De ese modo llegaron á la casa señorial.

Juan continuaba siguiéndolos.

La condesa se dirigió al aposento del comandante.

Héctor la acompañó hasta la puerta, y la dijo;

—Adiós, condesa.

Entonces ella se volvió: notó que Juan no los seguía ya, pues había permanecido en el vestíbulo, inmóvil y mudo como una estatua, y quitándose el guante de una mano, le lanzó al rostro de Héctor, diciéndole:

fuerte para reprimirse en el acto, para recobrar aquella actitud plácida y soberbia, que había mostrado algunos minutos antes, para sonreir con la sonrisa de los triunfadores, y bajó la escalera silbando un aire de caza.

Juan seguía en el vestíbulo, inmóvil, los brazos cruzados. Hubiérase dicho hue esperaba á aquel hombre, que le había robado su dicha, para matarle y recobrar lo suyo.

Un instinto secreto le había advertido que el conde bajaría solo.

Cuando le vió aparecer, el hielo de su corazón se derritió en el acto; sus alterias latieron con fuerza, sus labios apretados se abrieron, su garganta crispada por la angustia dejó pasar un grito de furor, y esperó á su enemigo en actitud de amenaza.

—Caballero—dijo,—tengo una palabra que deciros.

—Disimulad—respondió el conde con desdén,—no creo tener nada que ver con vos.

—¡Caballero, vos me insultáis!—exclamó Juan fuera de sí.

—¡Yo!—prorrumpió el conde,—os equivocáis... yo no insulto á nadie. Pretendéis tener que hablarme; yo no sé que haya entre nosotros el menor negocio, y os lo digo. Eso es todo.

Caballero, os ruego, ¿queréis escucharme?

La voz de Juan era sordamente amenazadora, á pesar de aquella fórmula humilde y casi suplicante.

VII

Al fin Héctor recogió el guante con el que la condesa le había abofeteado el rostro; le dió vueltas y revueltas en sus manos, semejante á ese heroico mancebo de los ejércitos republicanos que, herido mortalmente de una bala, la arrancó de su pecho con las uñas, la contempló un momento con ojos entusiastas, la cargó luego en su fusil, y, antes de sucumbir, la envió de nuevo al enemigo.

El conde lanzó un grito salvaje, se precipitó en el corredor para ir al encuentro de Juan. Pero estaba harto sediento de venganza, para contentarse con una provocación ordinaria; necesitaba hacer sufrir una afrenta suprema á aquel hombre, que ella se atrevía á amar. Por eso dijo para sí:

—No, no; si yo le mataba ahora, sería una dicha para él. Es preciso que pase una noche horrible, una noche de torturas y angustias; que pueda creer, durante doce horas mortales, que ella no le ama, y que me ama á mí; pues ella ha jurado sobre las cenizas de sus padres y guardará su juramento.

Y este hombre, que tenía la rabia y la muerte en el corazón; este hombre, cuya mejilla acababa de recibir el más terrible ultraje, y tenía la sed de venganza, como tiene la de sangre el tigre en las soledades del desierto, este hombre fué bastante